

sol es una caricia ardiente. "¡Fuera tiene que haber algo!" ¡Ah!

Se escurrió dos o tres casas hacia la oscuridad y se metió en un zaguán. Aguzó el oído: los pasos sonaban cada vez más cerca. Asomó ligeramente la cabeza. Como a veinte metros de distancia pudo verla. Era una mujer de talla menuda y venía, efectivamente, sola. Miraba hacia atrás cada dos o tres pasos, como temiendo algo. Marcelino volvió a ocultar su cabeza. Transcurrieron unos segundos. El apresurado taconeo resonaba ahora en sus oídos: toc, toc, toc. Ya estaría a unos cinco pasos. Marcelino adelantó un pie hacia la acera, contraídos instintivamente todos los músculos de su cuerpo. Toc, toc, toc. ¡Ahora! Pero el impulso fue demasiado grande y el encontronazo los derribó a los dos. La mano del hombre se extendió hasta la de la mujer y los dedos aferraron la cartera. Un tirón bastó para arrebatársela. Pero en ese instante, mientras él se incorporaba casi de un salto, la víctima, atenzada aún por el terror, gritó:

— ¡Ay, Dios mío, bendito!

Y Marcelino, con la cartera en la mano, de pie junto a su víctima, se sintió súbitamente paralizado. El grito, proferido en claro español, le golpeó el oído y le llegó como una tempestad hasta el cerebro. Y allí estalló en una increíble imagen relampagueante: la visión de una anciana a la puerta de un ranchito náufrago en el océano verde del cañaveral — toda la angustia inmemorial venida así de golpe a un solo hombre y en ese solo hombre resumida, en una fracción de instante imposible de medir.

La cartera cayó junto al cuerpo de la mujer. Ésta miró al hombre desde el suelo, con ojos agrandados aún por el espanto. Marcelino retrocedió dos pasos, se llevó las manos a la cara y dejó escapar un alarido como de bestia supliciada. Luego emprendió una carrera desesperada por la calle oscura, tropezando al perder un zapato, chocando con los postes y los tachos de basura, hasta desaparecer en una esquina con aquel grito espeluznante quebrado al fin en un ronco sollozo de animal atormentado.

(1948)

En el fondo del caño hay un negrito

A René Depestre

1

La primera vez que el negrito Melodía vio al otro negrito en el fondo del caño fue en la mañana del tercer o cuarto día después de la mudanza, cuando llegó gateando hasta la única puerta de la nueva vivienda y se asomó para mirar hacia la quieta superficie del agua allá abajo.

Entonces el padre, que acababa de despertar sobre el montón de sacos vacíos extendidos en el piso, junto a la mujer semidesnuda que aún dormía, le gritó:

— ¡Mire... eche p'adentro! ¡Diantre 'e muchacho desinquieta!

Y Melodía, que no había aprendido a entender las palabras pero sí a obedecer los gritos, gateó otra vez hacia adentro y se quedó silencioso en un rincón, chupándose un dedito porque tenía hambre.

El hombre se incorporó sobre los codos. Miró a la mujer que dormía a su lado y la sacudió flojamente por un brazo. La mujer despertó sobresaltada, mirando al hombre con ojos de susto. El hombre rió. Todas las mañanas era igual: la mujer salía del sueño con aquella expresión de susto que a él le provocaba un regocijo sin maldad. La primera vez que vio aquella expresión en el rostro de su mujer no fue en ocasión de un despertar, sino la noche que se acostaron juntos por primera vez. Quizá por eso a él le hacía gracia verla despabilarse así todas las mañanas.

El hombre se sentó sobre los sacos vacíos.

— Bueno — se dirigió entonces a la mujer —. Cuela el café.

Ella tardó un poco en contestar:

— Ya no queda.

— ¡Ah?

— No queda. Se acabó ayer.

Él empezó a decir: “¿Y por qué no compraste más?”, pero se interrumpió cuando vio que en el rostro de su mujer comenzaba a dibujarse aquella otra expresión, aquella mueca que a él no le causaba regocijo y que ella sólo hacía cuando él le dirigía preguntas como la que acaba de trincar ahora. La primera vez que vio aquella expresión en el rostro de su mujer fue la noche que regresó a casa borracho y deseoso de ella pero la borrachera no lo dejó hacer nada. Tal vez por eso al hombre no le hacía gracia aquella mueca.

— ¿Conque se acabó ayer?

— Ajá.

La mujer se puso de pie y empezó a meterse el vestido por la cabeza. El hombre, todavía sentado sobre los sacos vacíos, derrotó su mirada y la fijó durante un rato en los agujeros de su camiseta.

Melodía, cansado ya de la insipidez del dedo, se decidió a llorar. El hombre lo miró y le preguntó a la mujer:

— ¿Tampoco hay na pal nene?

— Sí. Conseguí unas hojitas de guanábana y le gua hacer un guarapillo horita.

— ¿Cuántos días va que no toma leche?

— ¿Leche? — la mujer puso un poco de asombro inconsciente en la voz —. No me acuerdo.

El hombre se levantó y se puso los pantalones. Después se allegó a la puerta y miró hacia afuera. Le dijo a la mujer:

— La marea ta alta. Hoy hay que dir en bote.

Luego miró hacia arriba, hacia el puente y la carretera. Automóviles, guaguas y camiones pasaban en un desfile interminable. El hombre observó cómo desde casi todos los vehículos alguien miraba con extrañeza hacia la casucha enclavada en medio de aquel brazo de mar: el “caño” sobre cuyas márgenes pantanosas había ido creciendo hacia años el arrabal. Ese alguien por lo general empezaba a mirar la casucha cuando el automóvil, la guagua o el camión llegaba a la mitad del puente, y después seguía mirando,

volviendo gradualmente la cabeza hasta que el automóvil, la guagua o el camión tomaba la curva allá adelante y se perdía de vista. El hombre se llevó una mano desafiante a la entrepierna y masculló:

— ¡Pendejos!

Poco después se metió en el bote y remó hasta la orilla. De la popa del bote a la puerta de la casa había una sogá larga que permitía a quien quedara en la casa atraer nuevamente el bote hasta la puerta. De la casa a la orilla había también un puentecito de tablas, que se cubría con la marea alta.

Ya en tierra, el hombre caminó hacia la carretera. Se sintió mejor cuando el ruido de los automóviles ahogó el llanto del negrito en la casucha.

2

La segunda vez que el negrito Melodía vio al otro negrito en el fondo del caño fue poco después del mediodía, cuando volvió a gatear hasta la puerta y se asomó y miró hacia abajo. Esta vez el negrito en el fondo del caño le regaló una sonrisa a Melodía. Melodía había sonreído primero y tomó la sonrisa del otro negrito como una respuesta a la suya. Entonces hizo así con su manita, y desde el fondo del caño el otro negrito también hizo así con su manita. Melodía no pudo reprimir la risa, y le pareció que también desde allá abajo llegaba el sonido de otra risa. La madre lo llamó entonces porque el segundo guarapillo de hojas de guanábana ya estaba listo.

Dos mujeres, de las afortunadas que vivían en tierra firme, sobre el fango endurecido de las márgenes del caño, comentaban:

— Hay que velo. Si me lo bieran contaó, biera dicho que era embuste.

— La necesidá, doña. A mí misma, quién me lo biera dicho, que yo diba llegar aquí. Yo que tenía hasta mi tierrita...

— Pues nosotros juimos de los primeros. Casi no bía gente y uno cogía la parte más sequecita, ¿ve? Pero los que llegan ahora, fíjese, tienen que tirarse al agua, como quien dice. Pero, bueno... y esa gente, ¿de ónde diantre habrán salío?

— A mí me dijeron que por ai por Isla Verde tan orbanisando y han sacao un montón de negros arrimaos. A lo mejor son desos.

— ¡Bendito!... ¿Y usted se ha fijao en el negrito qué mono? La mujer vino ayer a ver si yo tenía unas hojitas de algo pa hacele un guarapillo, y yo le di unas poquitas de guanábana que me quedaban.

— ¡Ay, Virgen, bendito...!

Al atardecer, el hombre estaba cansado. Le dolía la espalda, pero venía palpando las monedas en el fondo del bolsillo, haciéndolas sonar, adivinando con el tacto cuál era un vellón, cuál de diez, cuál una peseta. Bueno, hoy había habido suerte. El blanco que pasó por el muelle a recoger su mercancía de Nueva York. Y el compañero de trabajo que le prestó su carretón toda la tarde porque tuvo que salir corriendo a buscar a la comadrona para su mujer, que estaba echando un pobre más al mundo. Sí, señor. Se va tirando. Mañana será otro día.

Entró en un colmado y compró café y arroz y habichuelas y unas latitas de leche evaporada. Pensó en Melodía y apresuró el paso. Se había venido a pie desde San Juan para ahorrarse los cinco centavos del pasaje.

3

La tercera vez que el negrito Melodía vio al otro negrito en el fondo del caño fue al atardecer, poco antes de que el padre regresara. Esta vez Melodía venía sonriendo antes de asomarse, y le asombró que el otro también se estuviera sonriendo allá abajo. Volvió a hacer así con la manita y el otro volvió a contestar. Entonces Melodía sintió un súbito entusiasmo y un amor indecible por el otro negrito. Y se fue a buscarlo.

(1950)

Regalo de Reyes

Todavía me parece estarlo viendo: menudo, regordete, con una sonrisa fácil iluminando de costumbre su carita morena (tan de costumbre que una vez lo sorprendí durmiendo, y en su sueño también sonreía). Se llamaba Víctor, "Vitín" para todos los que lo conocían, y era hijo de un agregado que cuidaba las vacas de la finca. Digo *la* finca y no *nuestra* finca porque mi padre era arrendatario, no propietario, de las veinte cuerdas atravesadas por una quebrada de aguas turbias en el barrio Juan Domingo entre Guaynabo y Bayamón.

Todas las mañanas, alzándose sobre el bullicio de los gallos que el nuevo sol desataba, llegaba su vocecita hasta mi cuarto, ayudando a arrear las vacas que el padre conducía al cercado. Durante el resto del día, porque todavía no estaba en edad de asistir a la escuelita rural del barrio, se ocupaba en actividades cuyo provecho o inutilidad no había aprendido aún a distinguir. Se divertía lo mismo rescatando el huevo recién puesto que una gallina anunciaba con fatuo cacareo, que asustando a los cerdos acogidos al frescor de cualquier bache lodoso, o espantando a las aves de corral que picoteaban un gusano en la tierra recién removida por la reja de un arado.

Con todo eso se entretenía Vitín, pero una sola cosa era capaz de suscitar su entusiasmo pleno: mi disposición a dejarlo acompañarme cuando yo salía a "voltrear la finca" a lomos del pequeño y manso alazán que me había regalado mi padre cuando cumplí los doce años. Instalado en la grupa del potro y rodeando mi cintura con sus bracitos, Vitín disfrutaba entonces el mayor de los placeres

que el mundo podía ofrecerle. Más de una vez tuve que moderar su exaltación advirtiéndole que no debía acicatear al animal con sus talones para hacerle apresurar el paso. Pero me cuidaba de no volver la cabeza mientras lo reconvenía, para no delatar la sonrisa que en esas ocasiones se me hacía difícil reprimir.

Llegó diciembre aquel año como tenía que llegar, quiero decir sin que nadie tuviera que apurarlo, y como siempre con trajines de zafra y resonancias de trullas y aguinaldos navideños. Y llegó con idéntica puntualidad la víspera de Reyes, renovando expectativas infantiles con los manojos de hierba fresca para las monturas de los Magos en humildes cajitas de cartón. La maestra rural inició correspondencia cándida, en nombre de sus alumnos, con los tres Reyes de Oriente. Y en el despejado cielo nocturno de enero tropical, éstos se hicieron constelación y descendían un poquito, cada noche, hacia la tierra.

Vitín ha oído hablar de los tres personajes, nunca vistos por nadie que él conozca, pero no por ello menos familiares para todos. Se sabe, por ejemplo, que uno de ellos, llamado Melchor, es negro. Vitín, sin embargo, no ha podido encargarle su cartita a nadie: no va todavía a la escuela y ni su papá ni su mamá saben escribir. Pero los Reyes, que saben mucho y vienen del cielo, deben estar enterados de eso. Y, además, con cualquier cosita que le traigan él quedará contento. No puede, por eso, dejar de preguntar:

— Papito, ¿qué me traerán a mí los Reyes?

El hombre pasa su mano callosa sobre la cabecita del niño y habla con dificultad, como empujando las palabras:

— A ti, mi hijito... quizá no te traigan nada. Quién quita que el año que viene... pero habrá que esperar.

Vitín lo ve alejarse unos pasos y pararse junto a la madre que zurce ropa vieja y parece no haber escuchado el diálogo. Como todos los días, cuando anochece, la sombra del hombre, ayudada por el quinqué, trepa por una pared y, doblándose, alcanza a tocar el techo del ranchito. Vitín siente ganas de llorar, pero las resiste porque ya le han dicho que es un hombrecito, y los hombres, aunque sean de su tamaño, no deben llorar.

Noche de Reyes, por fin. Los muchachos del barrio han encendido una fogata con paja de caña seca. Vista de lejos, es como si la noche hubiese abierto un único ojo enrojecido y poderoso.

Vitín no se ha unido al grupo bullanguero. Se ha quedado solo, sentado sobre una lata de kerosén vacía. Desde donde está, observa el fuego y percibe, sin compartirla, la alegría de los demás. Pero no deja de advertir, en un momento, que en el cielo también alguien parece haber encendido un número incontable de fogatas. Sólo que desde acá abajo se ven chiquititas, como las cabecitas de los alfileres que su mamá utiliza a veces, cuando una vecina se los presta. Pensando en la distancia que lo separa de esas luces, Vitín, abrumado, prefiere cerrar los ojos.

Si a todos les pasó lo que a él, nadie ni nada durmió esa noche. El más leve ruido le hacía levantar la cabeza y escudriñar la oscuridad. Una múltiple preocupación era dueña de sus pensamientos: ¿cómo serán los camellos, qué ruido harán sus pisadas, podrán correr como los caballos o serán pesados para moverse como las vacas, morderán como los perros bravos o serán mansos como los satos, les pondrán nombre sus dueños como a aquellos otros animales? ¿Será posible que *nadie* haya visto un camello en todo aquel lugar? ¿Será...? Y la madrugada lo sorprende dándole vueltas en su cabeza a todas esas dudas.

Con las primeras luces ha buscado debajo de la camita improvisada por su padre con tablas de desecho, ha indagado en los cuatro rincones de la pequeña pieza, pero sabiendo en todo momento que la búsqueda era innecesaria porque allí estaba, junto a la puerta entornada donde él la había dejado al acostarse, la cajita de cartón con su manajo de hierba intacto dentro de ella. Vitín vuelve a sentir ganas de llorar, pero en ese instante una voz inconfundible lo llama desde afuera:

— ¡Vitín, m'hijo, corre acá un momento!

Baja despacio los breves escalones que llevan al batey. El padre, extrañamente sonriente, lo alza del suelo con un solo movimiento de sus brazos y lo conduce hasta el establo. Allí se detiene junto a una de las vacas, la llamada "Cayetana" por capricho de mi propio

en las vacas... - Luga... x las...
 vitín...
 trap...

padre que nunca accedió a explicar. Vitín observa al animal durante unos momentos, sin comprender, pero cuando lo acercan un poco más casi salta de los brazos del hombre. Oculto hasta entonces tras el cuerpo de su madre, un ternero recental ensaya sus primeros pasos vacilantes. Vitín lo contempla esbozando una sonrisa; después le pasa una manita por el testuz cubierto de suave pelambre blanca. Le echa los brazos al cuello y el animalito le humedece una mejilla con su lengua rosada y tibia. Mi padre aparece en ese momento en el establo, cambia una mirada cómplice con el otro hombre y éste le dice entonces a Vitín:

— ¿Te gusta tu regalo de Reyes, m'hijito? Ellos dejaron dicho que era para ti.

Vitín mira una y otra vez a los dos adultos, con los ojos brillantes y dejando crecer su sonrisa, pero sin encontrar aún las palabras con que expresar el júbilo que apenas cabe en su pequeño corazón.

(1944-1990)

Una caja de plomo que no se podía abrir

A Emilio Díaz Valcárcel

Esto sucedió hace dos años, cuando llegaron los restos de Moncho Ramírez, que murió en Corea. Bueno, eso de "los restos de Moncho Ramírez" es un decir, porque la verdad es que nadie llegó a saber nunca lo que había dentro de aquella caja de plomo que no se podía abrir. De plomo, sí, señor, y que no se podía abrir; y eso fue lo que puso como loca a doña Milla, la mamá de Moncho, porque lo que ella quería era ver a su hijo antes de que lo enterraran y... Pero más vale que yo empiece a contar esto desde el principio.

Seis meses después que se llevaron a Moncho Ramírez a Corea, doña Milla recibió una carta del gobierno que decía que Moncho estaba en la lista de los desaparecidos en combate. La carta se la dio doña Milla a un vecino para que se la leyera porque venía de los Estados Unidos y estaba en inglés. Cuando doña Milla se enteró de lo que decía la carta, se encerró en sus dos piezas y se pasó tres días llorando. No les abrió la puerta ni a las vecinas que fueron a llevarle guarapillos.

En el ranchón se habló muchísimo de la desaparición de Moncho Ramírez. Al principio algunos opinamos que Moncho seguramente se había perdido en algún monte y ya aparecería el día menos pensado. Otros dijeron que a lo mejor los coreanos o los chinos lo habían hecho prisionero y después de la guerra lo devolverían. Por las noches, después de comer, los hombres nos reuníamos en el patio del ranchón y nos poníamos a discutir esas dos posibilidades y así vinimos a llamarnos "los perdidos" y "los prisioneros", según

lo que pensáramos que le había sucedido a Moncho Ramírez. Ahora que ya todo eso es un recuerdo, yo me preguntó cuántos de nosotros pensábamos, sin decirlo, que Moncho no estaba perdido en ningún monte ni era prisionero de los coreanos o los chinos, sino que estaba muerto. Yo pensaba eso muchas veces, pero nunca lo decía, y ahora me parece que a todos les pasaba igual. Porque no está bien eso de ponerse a dar por muerto a nadie — y menos a un buen amigo como era Moncho Ramírez, que había nacido en el ranchón — antes de saberlo uno con seguridad. Y además, ¿cómo íbamos a discutir por las noches en el patio del ranchón si no había dos opiniones diferentes?

Dos meses después de la primera carta, llegó otra. Esta segunda carta, que le leyó a doña Milla el mismo vecino porque estaba en inglés igual que la primera, decía que Moncho Ramírez había aparecido. O, mejor dicho, lo que quedaba de Moncho Ramírez. Nosotros nos enteramos de eso por los gritos que empezó a dar doña Milla tan pronto supo lo que decía la carta. Aquella tarde todo el ranchón se vació en las dos piezas de doña Milla. Yo no sé cómo cabíamos allí, pero allí estábamos toditos, y éramos unos cuantos como quien dice. A doña Milla tuvieron que acostarla las mujeres cuando todavía no era de noche porque de tanto gritar, mirando el retrato de Moncho en uniforme militar, entre una bandera americana y un águila con un mazo de flechas entre las garras, se había puesto como tonta. Los hombres nos fuimos saliendo al patio poco a poco, pero aquella noche no hubo discusión porque ya todos sabíamos que Moncho estaba muerto y era imposible ponerse a imaginar.

Tres meses después llegó la caja de plomo que no se podía abrir. La trajeron una tarde, sin avisar, en un camión del Ejército, cuatro soldados de la Policía Militar con rifles y guantes blancos. A los cuatro soldados los mandaba un teniente, que no traía rifle, pero sí una cuarenta y cinco en la cintura. Ése fue el primero en bajar del camión. Se plantó en medio de la calle, con los puños en las caderas y las piernas abiertas, y miró la fachada del ranchón como mira un hombre a otro cuando va a pedirle cuentas por alguna ofensa. Después volteó la cabeza y les dijo a los que estaban en el camión:

— Sí, aquí es. Bájense.

Los cuatro soldados se apearon, dos de ellos cargando la caja, que no era del tamaño de un ataúd, sino más pequeña y estaba cubierta con una bandera americana.

El teniente tuvo que preguntar a un grupo de vecinos en la acera cuál era la pieza de la viuda de Ramírez (ustedes saben cómo son estos ranchones de Puerta de Tierra: quince o veinte puertas, cada una de las cuales da a una vivienda, y la mayoría de las puertas sin número ni nada que indique quién vive allí). Los vecinos no sólo le informaron al teniente que la puerta de doña Milla era la cuarta a mano izquierda, entrando, sino que siguieron a los cinco militares dentro del ranchón sin despegar los ojos de la caja cubierta con la bandera americana. El teniente, sin disimular la molestia que le causaba el acompañamiento, tocó a la puerta con la mano enguantada de blanco. Abrió doña Milla y el oficial le preguntó:

— ¿La señora Emilia viuda de Ramírez?

Doña Milla no contestó en seguida. Miró sucesivamente al teniente, a los cuatro soldados, a los vecinos, a la caja.

— ¿Ah? — dijo como si no hubiera oído la pregunta del oficial.

— Señora, ¿usted es doña Emilia viuda de Ramírez?

Doña Milla volvió a mirar la caja cubierta con la bandera. Levantó una mano, señaló, preguntó a su vez con la voz delgadita:

— ¿Qué es eso?

El teniente repitió, con un dejo de impaciencia:

— Señora, ¿usted es...

— ¿Qué es eso, ah? — volvió a preguntar doña Milla, en ese trémulo tono de voz con que una mujer se anticipa siempre a la confirmación de una desgracia —. Dígame, ¿qué es eso?

El teniente volteó la cabeza, miró a los vecinos. Leyó en los ojos de todos la misma interrogación. Se volvió nuevamente hacia la mujer; carraspeó; dijo al fin:

— Señora... El Ejército de los Estados Unidos...

Se interrumpió, como quien olvida de repente algo que está acostumbrado a decir de memoria.

— Señora... — recomenzó —. Su hijo, el cabo Ramón Ramírez...

Después de esas palabras dijo otras que nadie llegó a escuchar porque ya doña Milla se había puesto a dar gritos, unos gritos

tremendos que parecían desgarrar la garganta.

Lo que sucedió inmediatamente después resultó demasiado confuso para que yo, que estaba en el grupo de vecinos detrás de los militares, pueda recordarlo bien. Alguien empujó con fuerza y en unos instantes todos nos encontramos dentro de la pieza de doña Milla. Una mujer pidió agua de azahar a voces, mientras trataba de impedir que doña Milla se clavara las uñas en el rostro. El teniente empezó a decir: "¡Calma! ¡Calma!", pero nadie le hizo caso. Más y más vecinos fueron llegando, como llamados por el tumulto, hasta que resultó imposible dar un paso dentro de la pieza. Al fin varias mujeres lograron llevarse a doña Milla a la otra habitación. La hicieron tomar agua de azahar y la acostaron en la cama. En la primera pieza quedamos sólo los hombres. El teniente se dirigió entonces a nosotros con una sonrisa forzada:

— Bueno, muchachos... En lo que las mujeres se calman, ustedes pueden ayudarme, ¿no? Pónganme aquella mesita en el medio de la pieza. Vamos a colocar ahí la caja para hacerle la guardia.

Uno de nosotros habló entonces por primera vez. Fue el viejo Sotero Valle, que había sido compañero de trabajo en los muelles del difunto Artemio Ramírez, esposo de doña Milla y papá de Moncho. Señaló la caja cubierta con la bandera americana y empezó a interrogar al teniente:

— ¡Ahí... ahí...

— Sí, señor — dijo el teniente como si le adivinara el pensamiento —. Esa caja contiene los restos del cabo Ramírez. ¿Usted conocía al cabo Ramírez?

— Era mi ahijado — contestó Sotero Valle, muy quedo, como si temiera no llegar a concluir la frase.

— El cabo Ramírez murió en el cumplimiento de su deber — dijo el teniente, y ya nadie volvió a hablar.

Eso fue como a las cinco de la tarde. Por la noche no cabía la gente en la pieza: habían llegado vecinos de todo el barrio, que llenaban el patio y llegaban hasta la acera. Adentro tomábamos el café que colaba de hora en hora una vecina. De otras piezas se habían traído varias sillas, pero los más de los presentes estábamos de pie: así ocupábamos menos espacio. Las mujeres seguían encerradas con doña Milla en la otra habitación. Una de ellas salía de

vez en cuando a buscar cualquier cosa — agua, alcoholado, café — y aprovechaba para informarnos:

— Ya está más calmada. Yo creo que de aquí a un rato podrá salir.

Los cuatro soldados montaban guardia, el rifle apretado contra la pierna derecha, dos a cada lado de la mesita sobre la que descansaba la caja cubierta con la bandera. El teniente se había apostado al pie de la mesita, de espaldas a ésta y a sus cuatro hombres, las piernas separadas y las manos a la espalda. Al principio, cuando se coló el primer café, alguien le ofreció una taza, pero él no la aceptó. Dijo que no se podía interrumpir la guardia.

El viejo Sotero Valle tampoco quiso tomar café. Se había sentado desde el principio frente a la mesita y no le había dirigido la palabra a nadie durante todo ese tiempo. Y durante todo ese tiempo no había apartado la mirada de la caja. Era una mirada rara la del viejo Sotero: parecía que miraba sin ver. De repente (en los momentos en que servían café por cuarta vez) se levantó de la silla y se acercó al teniente.

— Oiga — le dijo, sin mirarlo, los ojos siempre fijos en la caja —. ¿Usted dice que mi ahijado Ramón Ramírez está ahí adentro?

— Sí, señor — contestó el oficial.

— Pero... ¿en esa caja tan chiquita?

— Bueno, mire... es que ahí sólo están los restos del cabo Ramírez.

— ¿Quiere decir que... que lo único que encontraron...

— Solamente los restos, sí, señor. Seguramente ya había muerto hacía bastante tiempo. Así sucede en la guerra, ¿ve?

El viejo no dijo nada más. Todavía de pie, siguió mirando la caja durante un rato; después volvió a su silla.

Unos minutos más tarde se abrió la puerta de la otra habitación y doña Milla salió apoyada en los brazos de dos vecinas. Estaba pálida y despeinada, pero su semblante reflejaba una gran serenidad. Caminó lentamente, siempre apoyada en las otras dos mujeres, hasta llegar frente al teniente. Le dijo:

— Señor... tenga la bondad... díganos cómo se abre la caja.

El teniente la miró sorprendido.

— Señora, la caja no se puede abrir. Está sellada.

Doña Milla pareció no comprender. Agrandó los ojos y los fijó largamente en los del oficial, hasta que éste se sintió obligado a repetir:

— La caja está sellada, señora. No se puede abrir.

La mujer movió de un lado a otro, lentamente, la cabeza:

— Pero yo quiero ver a mi hijo. Yo quiero ver a mi hijo, ¿usted me entiende? Yo no puedo dejar que lo entierren sin verlo por última vez.

El teniente nos miró entonces a nosotros: era evidente que su mirada solicitaba comprensión, pero nadie dijo una palabra. Doña Milla dio un paso hacia la caja, retiró con delicadeza una punta de la bandera, tocó levemente.

— Señor —le dijo al oficial, sin mirarlo—, esta caja no es de madera. ¿De qué es esta caja, señor?

— Es de plomo, señora. Las hacen así para que resistan mejor el viaje por mar desde Corea.

— ¿De plomo? —murmuró doña Milla sin apartar la mirada de la caja—. ¿Y no se puede abrir?

El teniente, mirándonos nuevamente a nosotros, repitió:

— Las hacen así para que resistan mejor el via...

Pero no pudo terminar; no lo dejaron terminar los gritos de doña Milla, unos gritos terribles que a mí me hicieron sentir como si repentinamente me hubiesen golpeado en la boca del estómago:

— ¡Moncho! ¡Moncho, hijo mío, nadie va a enterrarte sin que yo te vea! ¡Nadie, mi hijito, nadie...!

Otra vez se me hace difícil contar con exactitud: los gritos de doña Milla produjeron una gran confusión. Las dos mujeres que la sostenían por los brazos trataron de alejarla de la caja, pero ella frustró el intento aflojando el cuerpo y dejándose ir hacia el suelo. Entonces intervinieron varios hombres. Yo no: yo todavía no me libraba de aquella sensación en la boca del estómago. El viejo Sotero Valle fue uno de los que acudieron junto a doña Emilia, y yo me senté en su silla. No me da vergüenza decirlo: o me sentaba o tenía que salir de la pieza. Yo no sé si a alguno de ustedes le ha pasado eso alguna vez. No, no era miedo, porque ningún peligro me amenazaba en aquel momento. Pero yo sentía el estómago duro y apretado como un puño, y las piernas como si súbitamente se me

hubiesen vuelto de trapo. Si a alguno de ustedes le ha pasado eso alguna vez, sabrá lo que quiero decir. Y si no... bueno, si no, ojalá que no le pase nunca. O por lo menos que le pase donde la gente no se dé cuenta.

Yo me senté. Me senté y, en medio de la tremenda confusión que me rodeaba, me puse a pensar en Moncho como nunca en mi vida había pensado en él. Doña Milla gritaba hasta enronquecer mientras la iban arrastrando hacia la otra habitación, y yo pensaba en Moncho, en Moncho que nació en aquel mismo ranchón donde también nací yo, en Moncho que fue el único que no lloró cuando nos llevaron a la escuela por primera vez, en Moncho que nadaba más lejos que nadie cuando íbamos a la playa detrás del Capitolio, en Moncho que había sido siempre cuarto bate cuando jugábamos pelota en Isla Grande, antes de que hicieran allí la base aérea... Doña Milla seguía gritando que a su hijo no iba a enterrarlo nadie sin que ella lo viera por última vez. Pero la caja era de plomo y no se podía abrir.

Al otro día enterramos a Moncho Ramírez. Un destacamento de soldados hizo una descarga cuando los restos de Moncho —o lo que hubiera dentro de aquella caja— descendieron al húmedo y hondo agujero de su tumba. Doña Milla asistió a toda la ceremonia de rodillas sobre la tierra.

De todo eso hace dos años. A mí no se me había ocurrido contarlo hasta ahora. Es posible que alguien se pregunte por qué lo cuento al fin. Yo diré que esta mañana vino el cartero al ranchón. No tuve que pedirle ayuda a nadie para leer lo que me trajo, porque yo sé mi poco de inglés. Era el aviso de reclutamiento militar.

(1952)

Santa Claus visita a Pichirilo Sánchez

A Carmelina Vizcarrondo

Nunca antes, en sus diez años de existencia, Pichirilo Sánchez se había enfrentado a un problema de semejante magnitud. La experiencia era completamente nueva, y lo anonadaba. ¡Ah, pero aquello tenía que resolverlo! De cualquier manera. Lo que estaba en juego no era poca cosa. Él le había puesto el ojo, hacía tiempo, a aquella bicicleta en la vitrina de la... ¿cómo decía la gente?... la *deparmen tóar* o algo así. Y ahora que se le presentaba la oportunidad... Ahora, claro, porque al principio, la primera vez que vio la bicicleta, ni siquiera se le ocurrió pensar que algún día pudiera llegar a ser suya. Él ya conocía los números, y el precio de la bicicleta estaba allí, bien claro, en una etiqueta que colgaba del manubrio reluciente. No, ni soñar. Pero no por eso dejó de pasar todos los días frente a la tienda. Dos veces todos los días: antes de entrar a la escuela y cuando salía de ella. Para pasar frente a la tienda había que desviarse un poco del trayecto habitual de su casa a la escuela. Cuestión de cuatro o cinco cuadras; unos minutos. Pichirilo se paraba allí, frente a la vitrina y... No, claro, ni soñar; él ya conocía los números. Pero mirarla, sí. Por eso no cobraban. Mirarla... y pensar. La bicicleta era pequeña, de niño. Él calculaba, midiendo mentalmente, que sus pies alcanzarían justamente a los pedales. Se veía bajando vertiginosamente por la cuesta de la calle Cerra, y la gente mirándolo admirada, y... ¡Ah, no, pero él no iba a usar la bicicleta para retozos de muchacho, sino para trabajar! Para trabajar, sí, señor. Porque Pichirilo ya había decidido que en caso

de... bueno, por imaginar no castigan a nadie, ¿verdad?... en caso de que aquella bicicleta llegara algún día a ser suya, él sabría cómo sacarle provecho. ¿No había acaso un colmado en el arrabal? ¿Y no alquilaban mensajeros en todos los colmados? Ciertamente que el colmadito de don Absalón era casi un ventorrillo y nadie hacía allí compras grandes (“Una cuarta de bacalao, don Asalón”... “Quince de queso, don Asalón”... “Un jabón de lavar, don Asalón”); pero, ¿quién quita? A lo mejor a don Absalón le daba un día de estos por tener mensajero. Y en ese caso, ¿quién más indicado que él, Pichirilo Sánchez, con su bicicleta nueva? ¿Que la bicicleta era chiquita, de muchacho? Tanto mejor: para transitar por los lodosos vericuetos del arrabal, la bicicleta, liviana, manejable, estaba que ni mandada a hacer. Además, él le cobraría poco a don Absalón. Dos pesos semanales. ¡Mi madre, lo que podría hacer con dos pesos semanales! En primer lugar... imaginando nada más, entiéndase... la primera semana le compraría un regalo a la mamá. Él ya sabía qué: un espejo nuevo. Porque aquel pedazo del que se había roto hacía meses y frente al cual se hacía doña Eugenia el moño todas las mañanas...

— ¡Por ahí va! ¡Agárralo, Pichirilo!

El grito le hizo abrir los ojos y ponerse en pie de un salto. La vieja y oxidada lata de manteca sobre la que había estado sentado cayó y rodó hasta un bache cercano, sembrándose en el lodo espeso.

— ¡Agárralo, Pichirilo!

El gato barcino de doña Narcisa venía disparado hacia Pichirilo, el rabo enhiesto y erizado, al aire los dientes menudos y afilados en una mueca de terror; y detrás del gafo parecía volar el negrito Alejo. El barcino pasó como una exhalación entre las piernas de Pichirilo y se metió bajo la casa con un ruido de latas y basuras revueltas.

— ¡Ya se nos fue! — el negrito Alejo detuvo violentamente su carrera frente a Pichirilo —. ¿Por qué no lo atajaste, ombe?

— ¡Bah! ¿Quién iba a atajarlo, como iba?

— Es que tú estabas sentado ahí como un bobo. Por eso se te fue.

— Bueno... — y Pichirilo fue a sentarse otra vez, pero no encontró la lata. Cuando alcanzó a verla unos pasos más allá, medio

hundida en el bache, una expresión de disgusto se apoderó de su rostro.

— ¿Qué te pasa, oye? — inquirió Alejo.

— Na, ombe, na.

El negrito lo miró, medio intrigado, medio burlón; se encogió de hombros y se alejó corriendo sin decir más. El negrito Alejo corría y saltaba como si estuviera hecho de goma.

Pichirilo se recostó contra la pared de tablas de la casucha. Otra vez solo con su gran problema. Lo que más le extrañaba era que ninguno de sus compañeros diera muestras similares de preocupación. Ni siquiera Alejo, su mejor amigo. ¿Sería porque era negro? Pichirilo había oído a un señor, una vez que le limpiaba los zapatos frente al Banco Popular, decirle a otro señor con quien charlaba que todos los negros eran brutos. No, no, Pichirilo rechazó el pensamiento. Alejo no era bruto: hasta sacaba buenas notas en la escuela. Y aunque lo fuera, se trataba de su mejor amigo. Pero, ¿por qué no se preocupaba él también? Alejo no había faltado a clases aquel día, cuando la maestra habló de Santa Claus. Bien claro lo había explicado todo la maestra:

— Santa Claus viene todos los años, en Nochebuena, con regalos para los niños buenos que le han pedido algo.

Una muchachita le había preguntado:

— Tíchel, ¿y Santa Clo viene en camello, igual que los Reyes Magos?

— No — había contestado la maestra —, viene en un trineo.

Y Alejo — el mismo Alejo, sí, que ahora retozaba tan despreocupado — había levantado la mano para preguntar:

— ¿Y qué es un trineo, tíchel?

La maestra había tardado un poco en responder:

— Pues... un trineo... un trineo es... un vehículo tirado por renos que se usa para viajar sobre la nieve.

Nadie entendió lo de vehículo ni supo decirse qué era un reno, pero Alejo había planteado rápidamente un problema que pareció molestar un tanto a la maestra:

— Y entonces, ¿cómo va a viajar Santa Clo en Puerto Rico, si aquí no hay nieve?

La maestra se había molestado un poco, sí:

— Bueno, eso no es cosa de ustedes. La cuestión es que Santa Claus viene todos los años, en Nochebuena, y les trae regalos a los niños buenos que le han pedido algo.

Luego explicó que a Santa Claus se le podía pedir algo mediante una cartita que ella se encargaría de hacerle llegar. Eso sí, una cartita bien escrita — nada de garabatos ni de borrones — en papel limpio y en un sobre.

Aquella era, pues, la oportunidad. Había que pedirle la bicicleta a Santa Claus. A Pichirilo no le cabía duda de que él era un “niño bueno”: sólo una vez había agarrado por el rabo, para largarlo hacia arriba y verlo “aterrizar” indemne, sobre las cuatro patas, al barcino de doña Narcisa; a la madre le había dicho tres o cuatro embustes, pero de los chiquitos; y... bueno, eso era todo. Y por eso no iba a negarle Santa Claus la bicicleta. Hasta ahí no había problema. Lo malo era que la cosa no quedaba ahí. Porque... Pero era inútil seguir explicándose a sí mismo; esto tenía que comunicárselo a alguien; él solo no podía con el problema. En aquel momento el negrito Alejo se dejó ver una vez más, rondando una de las casuchas en un intento de sorprender al gato fugitivo. Pichirilo se decidió:

— ¡Alejo!

El otro interrogó desde allá con un gesto.

— ¡Ven acá!

— ¿Qué pasa? — dijo el negrito acercándose.

Pichirilo no sabía cómo empezar:

— Este... oye... ¿tú te acuerdas de lo que dijo la maestra el otro día?

— ¿Qué?

— Lo de Santa Clo.

— Ah, sí.

— Y tú... ¿tú no vas a escribir la carta?

— ¿Yo? ¿Pa qué?

— Pues... pa ver si te trae algo.

— No, chico. ¿Tú te crees que Santa Clo va a venir aquí?

(¡Ah, entonces Alejo también había estado pensando en el problema!)

— ¿Y por qué no? — sondeó Pichirilo.

— ¡Adiós cará! Si aquí... ay, chico, no te hagas el bobo... si aquí

ni los Reyes vienen.

— ¿Quién te dijo? A mí el año pasao me pusieron.

— ¡Je! ¡Serás güevo, pa que te pongan!

— Fuera de juego: el año pasao los Reyes me pusieron.

— ¡Hm! Algún juguete de esos de diez chavos, sería.

— Bueno, pero la cosa es que me pusieron. Y a lo mejor Santa Clo no es tan maceta.

— Si no es que sea maceta, chico. Es que... es que Santa Clo no es na más que pa los blanquitos.

— ¿Y entonces por qué dijo la maestra que...

— ¡Ay, qué sé yo! Si tú quieres saber, pregúntale a ella.

— ¿Así que tú no le va a escribir a Santa Clo?

— Pero, ¿pa qué, chico? — el negrito casi se impacientaba.

— Bueno, mira... — Pichirilo resolvió franquearse —. Te voy a decir la verdad. Yo... yo tampoco creo que Santa Clo se tire por aquí.

— ¿Y entonces?

— Espérate. Yo no creo que se tire por aquí, pero no por lo que tú dices: eso de que na más les pone a los blanquitos. Santa Clo no se tira por aquí porque... porque tiene miedo.

— ¿Miedo? — Alejo evidentemente no entendía.

— Claro, chico. ¿Tú no sabes que Santa Clo es americano?

— Bueno...

— ¿Y cuándo tú has visto un americano por aquí, y menos de noche? No vienen porque tienen miedo de que les den un matrazo y les quiten los chavos. Y, figúrate tú, Santa Clo que viene con ese... ¿cómo se llama?

— ¿El trineo?

— Ajá. Santa Clo que viene con ese trineo cargao de juguetes, tendrá más miedo todavía.

— ¡Je! ¡Y ponte a pensar que el trineo se le quede sembrao en un bache! ¡Ay, cará!

— Sí, chico, Santa Clo no se tira por aquí porque tiene miedo. Pero si nosotros... atiende lo que te voy a decir... si nosotros le quitamos el miedo, entonces seguro que viene.

— ¿Que nosotros le quitamos el miedo? ¿Y cómo le vamos a quitar nosotros el miedo a ese viejo barbú?

— Ah, si te pones a hablar así, entonces sí que nos fastidiamos.

— Bueno, está bien. Pero, ¿cómo le vamos a quitar el miedo?
¿Ah?

— Atiende. Eso se lo decimos en la carta. La noche que él venga, tú y yo nos quedamos velando pa que nadie le haga na.

— ¿Hm? ¿Velando?

— Sí, chico. Nos quedamos como los guardias, velando pa que nadie le vaya a hacer na a Santa Clo. La cosa es quitarle el miedo, ¿tú me entiendes?

Alcjo pareció cavar: frunció los bembitos y se rascó con el índice de la diestra el caracolillo tupido.

— ¿Qué? ¿Qué te parece? — lo acució Pichirilo

El negrito enarcó las cejas, se encogió de hombros y finalmente convino:

— Bueno. Está bien. ¡Pero la carta la escribes tú, ah!

— No te ocupes. En casa hay papel. Y el sobre se lo compramos a don Asalón. Vale dos chavos.

Mediodía. Don Absalón está solo en su colmadito, sentado sobre un cajón vacío detrás del mostrador. Desde el centro del cielo despejado llueve fuego sobre el techo de cinc. Afuera, el lodo de los baches se ha ido endureciendo hasta el punto de permitir el paso de los perros vagabundos. Don Absalón, en camiseta, chorreando sudor por todos los poros de su corpachón adiposo, se entrega con gusto a la modorra. Hace rato que no viene un cliente, y el hombre ha comenzado a cabecear, combatiendo sin ganas la pesadez del bochorno.

Súbitamente, una vocecita aguda lo saca de su duermevela:

— Don Asalón...

— ¿Eh? — el hombre yergue dificultosamente la cabeza —. ¿Eh?

— Don Asalón... este...

Al ver a la muchachita, el hombre se pone de pie, sonriente.

— ¿Ah, eres tú?

— Sí, don Asalón... este...

— ¿Y qué te pasaba que tenías tanto tiempo sin venir por aquí?

— Pues... es que...

— Sí, ya sé, ya sé. Tu mamá que no te dejaba venir, ¿verdad?

— Ave María, don Asalón.

— ¿Te crees que yo no lo sé? Ya me enteré de que le fueron con chismes.

La muchachita baja la cabeza, ruborizada. El hombre fija una mirada codiciosa en los senos pequeñitos ("cada uno me cabría en una mano") que apuntan bajo el percal barato del vestido.

— Sí, ya sé que fueron a decirle a tu mamá que... que tú y yo... ¿ah?

— Don Asalón, mire que voy a irme.

— ¡Ah, no, Dios libre! De aquí no te vas sin que yo te regale algo.

— No, don Asalón. Yo vine a que me fiara una cuarta de manteca. A mamá se le olvidó dejarme los chavos esta mañana.

— Bueno, ¿y por qué me lo dices así, con tanta vergüenza? Como si yo no fuera tan bueno contigo.

— ¿Me va a fiar la manteca, don Asalón?

— Pero cómo no, si todo lo que hay aquí es tuyo. Tú lo sabes.

— Ave María, ¿va a seguir?

— ¿Tú sabes lo que estaba pensando yo ahorita?

— ...

— Que un día de estos voy a hablar con tu mamá.

— ¡Mire...! ¡Será pa que me mate!

— Mejor. Entonces te vienes a vivir conmigo y se acabó. ¿Ah?

— Don Asalón, déme la manteca.

— A tu mamá no puede estarle malo que yo hable con ella. Tu papá y yo éramos muy buenos amigos. ¡Lástima que se muriera!... Bueno, aquí está la manteca. ¿Qué otra cosita?

— Eso nada más. Se la pago a la noche, cuando venga mamá.

— Tú no tienes que pagarme nada. De paso, por aquí estuvo tu hermanito hace un rato. Vino a comprar un sobre, y yo se lo regalé por ser hermanito tuyo, fijate.

— ¿Un sobre? ¿Y pa qué quiere Pichirilo un sobre?

— A lo mejor tiene novia y le va a escribir una carta. ¡Je, je!

— ¡Hm! Bueno, don Asalón, gracias por la manteca.

— De nada, linda. Y no te olvides de venir por aquí más a menudo.

— A la noche le pago.

— ¡Válgame Dios!

No fue fácil: el lápiz casi no tenía punta ni goma, Pichirilo tenía las manos sucias y resultó imposible evitar algunos borrones. Pero, al fin:

— Bueno, ya está. ¿Quieres que te la lea?

— Ta bien — dijo Alejo —. Pero avanza, mira que por allí anda el gato.

Y Pichirilo leyó:

Querido Santa Clos, yo me llamo Pichirilo Sanchez y mi amigo es Alejo Cintron. Nosotros te escribimos porque somos niños buenos y la maestra dise que tu le pone a los niños buenos si ellos te piden algo. Entonse yo qiero pedirte la besicleta que esta en la tienda alli serca de la parada diesisiete y mi amigo quiere la escopeta de munisione. Pero nosotros savemos que tu vas a tener miedo de venir aqui porque a lo mejor te asen algo los malos deste barrio, entonse mi amigo Alejo y yo nos vamo a quedar belando para que no te agan nada y tu no tengas miedo. Santa Clos, no te de miedo. Acuerdate la besicleta es para mi y la escopéta es para mi amigo.

Pichirilo y Alejo.

— Te faltó una cosa — dijo el negrito.

— ¿Qué?

— No le dices a Santa Clo dónde vivimos nosotros.

— ¿Y tú crees que él no sabe eso?

— ¿Cómo lo va a saber?

— ¡Adiós!... ¿no es santo?

— ¿Quién te dijo? Mira a ver si tú conoces a alguien que se llame Clo. Escríbele dónde vivimos nosotros, anda.

— Bueno.

Y Pichirilo añadió:

To bivo en la casa amarilla serca del colmado de don Asalon y mi amigo bive en la casa que no tiene puerta.

— Ya está. Esta tarde se la damos a la maestra.

— Bueno, ¿y no habrá que ponerle sello?

— La maestra no dijo na de eso.

— Ta bien. ¡Mira, allá va el gato!

Y el negrito Alejo se fue corriendo y brincando tras el barcino de doña Narcisa; corriendo y brincando como si estuviera hecho de goma.

Llegó la Navidad. Frente a las vitrinas de las “department stores” decoradas con extranjeros pinos cubiertos de algodón y flecos de papel de estaño simuladores de nieve y escarcha, frente a los Santa Clauses rubicundos y ojiazulados que también desembarcaron por Guánica, el pueblo moreno entona al son de sus guitarras ancestrales los aguinaldos que hace más de cuatro siglos trajeron sobre el inmenso mar otros hombres morenos cuando ya no les cabía el codicioso corazón dentro del pecho. Estos hombres morenos de hoy son hombres parcos; el corazón les sigue ardiendo, pero ya no en llamaradas belicosas, sino quedamente; estos hombres piden, y si se les da, saben ser hidalgos en el agradecimiento:

*Esta casa tiene
las puertas de acero.
El que vive en ella
es un caballero.*

Pero si su petición se ignora o se rechaza con desdén, todavía alienta en ellos la feroz dignidad de los abuelos:

*Esta casa tiene
las puertas de alambre.
El que vive en ella
es un muerto de hambre.*

Pichirilo y Alejo — el primero con dos maracas y el segundo con un güiro: instrumentos legados por los otros abuelos — recorrieron durante varios días las calles de las barriadas residenciales de Santurce. A veces regresaban al arrabal con los bolsillos pesados de “vellones” y “perritas”. A veces volvían con cinco o seis monedas apenas, pero cargados de nueces, avellanas y pedazos de turrón. El papá de Alejo, un negro grande que fue estibador en los muelles

hasta que la tuberculosis lo ató a un camastro, prefería las monedas a las golosinas: con el dinero podía comprar los cigarrillos malos que le destrozaban los pulmones, pero sin los cuales la vida se le hacía miserable. Pichirilo, en cambio, no tenía que rendir cuentas de sus ganancias a nadie. El padre había muerto hacía tiempo; él ni siquiera recordaba haberlo visto. La madre trabajaba de cocinera en una fonda cerca de la fundición de Abarca, y su sueldo era el sostén de la familia. La hermanita de quince años atendía los quehaceres de la casa (excepto ir a comprar la comida al colmadito de don Absalón desde que a la madre le contaron de ciertas fechorías del vejancón rijoso).

El 24 de diciembre, al filo de las cinco de la tarde, Pichirilo Sánchez y Alejo Cintrón se abrieron paso entre la multitud frente a la vitrina de la gran tienda. Contemplaron un rato largo la bicicleta y la escopeta de aire, cambiaron miradas de inteligencia y emprendieron el regreso al arrabal.

Por el camino, Pichirilo le dijo a Alejo:

— Oye, ¿seguro que no te va a dar sueño esta noche?

— ¡No, ombe, qué va a dar! Ahorita me voy a buscar un pedazo de tubo, por si hay que defender a Santa Clo. ¿Qué vas a llevar tú?

— ¿Yo? Unas cuantas piedras, na más.

Se apostaron en una de las entradas principales del arrabal, la que daba a la avenida Fernández Juncos (habían calculado que Santa Claus iría primero a los barrios “buenos” y sólo después pasaría al arrabal, entrando necesariamente por allí). Alejo le había dicho al padre que iba a tratar de ganarse algo con su güiro esa noche, y el ex estibador, pensando que ya sólo le quedaban tres cigarrillos, no puso reparos. Pichirilo no tuvo que dar explicaciones a nadie: la madre trabajaba esa noche hasta el amanecer. Él esperó a que la hermanita saliera unos momentos de la casa, y se escabulló.

Hasta medianoche hubo gran movimiento en la entrada del arrabal. De esa hora en adelante comenzó a decaer el entrar y salir de la gente. Los dos amigos no esperaban la llegada del personaje antes de las dos o las tres de la mañana. Fueron matando las horas con el espectáculo que ofrecían algunos borrachos. Uno de éstos, especialmente, los movió a risa: venía trastabillando desde lejos, tarareando entre dientes aquello de: “Si me dan pasteles, dénmelos

calientes...” y fue a dar de bruces en el centro de un gran bache en medio de la callejuela, salpicando de lodo a un grupo de mujeres que pasaba por allí en aquel momento. El negrito Alejo se rió tanto que se le saltaron las lágrimas y tuvo que apretarse la barriga con las manos.

A las dos de la mañana empezó a hacer fresco. Poca gente transitaba ya por el lugar. Alejo había comenzado a bostezar hacía rato. Y Pichirilo, sin dar muestras aparentes de ello, había cedido primeramente a la duda y ahora se esforzaba por combatir el desaliento. A las dos y media el negrito se puso en pie (habían estado sentados en el suelo desde la una) y caminó de un lado a otro para entrar en calor. Al cabo de unos minutos dijo:

— Oye, yo creo que por aquí no va a entrar.

— Lo que pasa — insistió todavía Pichirilo — es que tú tienes miedo de que tu pai te pegue por llegar tarde.

— Y tú eres más cabeciduro que el cará. Si no vino por aquí, habrá venido por otra parte y nosotros aquí no hacemos na.

— Bueno, si tú te quieres rajar...

— ¿Tú te quedas?

Pichirilo vaciló. La verdad era que ya le estaba dando frío. Y, luego, él allí solo... No.

— No. Yo solo pa qué voy a quedarme. Pero ya sabes: si después le dan un estacazo a Santa Clo y nos quedamos sin los regalos, la culpa es tuya.

Al negrito, a esas alturas, lo tenía sin cuidado la seguridad personal de Santa Claus. Tenía sueño y frío, y, además, nunca le había convencido del todo aquello de la carta y lo de quedarse velando.

— Vámonos, chico. Santa Clo es grande y sabe lo que hace.

— Bueno.

Caminaron en silencio. Al llegar al punto en que debían separarse para ir cada cual a su casa, Alejo repitió:

— Si no vino por allí, habrá venido por otro lao.

— Sí, ombe, ta bien. Bueno, nos vemos.

Y se separaron.

Entonces, al aproximarse a su casa, fue cuando Pichirilo vio el celaje. Alguien abrió la puerta, se echó a la calle y desapareció

rápidamente entre las sombras. Pichirilo sólo alcanzó a notar que se trataba de un hombre corpulento. El corazón le dio un vuelco. Corrió hacia la casucha, pensando: "¡Alejo tenía razón: Santa Clo llegó por otro lugar!" Entró y se dirigió apresuradamente a la pieza en que dormía. ¿Miraría en seguida debajo de la camita plegadiza? ¿O esperaría hasta el día siguiente? No pudo resistir la tentación. Miró debajo de la cama, pero la oscuridad no le permitió ver nada. Tanteó entonces con las dos manos. No, la bicicleta no estaba allí. Santa Claus debía de haberla dejado en otro lugar de la casa. Esperaría hasta que... En ese instante llegaron hasta él los sollozos de la hermanita en la pieza contigua. De momento se sorprendió, casi se alarmó. ¿Qué hacía su hermana despierta a aquellas horas? ¿Y por qué lloraba? ¿Había visto acaso a Santa Claus y se había asustado tomándolo por un ladrón? ¿Tendría una pesadilla? Pensándolo bien, decidió que no había por qué preocuparse. Lo mejor era dejarla quieta, acostarse y no hacer más ruido. Al día siguiente buscaría la bicicleta. ¡Quién sabe dónde la había dejado Santa Claus!

Se metió en la camita, sin desvestirse. Todavía durante un rato, antes de que lo venciera el sueño, escuchó los sollozos cada vez más apagados de la hermana.

Lo despertó un grito terrible. Era la madre, en la otra pieza. Pichirilo se incorporó en la cama, sobresaltado. Era de día: el chorro de luz solar que entraba por la ventana abierta lo obligó a parpadear dos o tres veces. Ahora oyó a la hermanita, que había vuelto a llorar. La madre habló atropelladamente y él no alcanzó a distinguir las palabras. En ese momento se acordó de la bicicleta. Saltó de la cama y miró debajo de ésta una vez más. Nada. Echó una ojeada por los cuatro rincones de la habitación. Nada. Salió a la pieza delantera, la que hacía de sala. Nada. En el otro cuarto seguían los sollozos de la hermana y las voces airadas de la madre. Pichirilo se decidió a entrar. La muchachita estaba en la cama, con el refajo en que dormía subido hasta los muslos. Pichirilo creyó ver una mancha roja en el centro de la sábana. No le llamó la atención; se adelantó y pasó por delante de la madre, que daba pasos nerviosos junto a la cama. Se puso en cuatro pies y miró debajo

del mueble. Nada. Entonces, por primera vez, escuchó claramente las palabras de la madre:

— ¡Ese bandido la va a pagar! ¡Por Dios que la va a pagar!

Pichirilo se puso de pie. La hermanita se había cubierto con la sábana. El sólo le vio el rostro, arrasado de lágrimas, la boca contraída en una mueca dolorosa. Pichirilo pensaba en la bicicleta. Se volvió hacia la madre, y ésta, empujándolo suavemente por los hombros, le ordenó:

— ¡Vete a tu cuarto, Pichi, vete!

Él salió de la pieza terriblemente confundido. La bicicleta no estaba en ningún sitio. Santa Claus no había venido, no le había hecho caso a su carta. La madre volvió a gritar:

— ¡Por Dios que ésta la paga ese bandido! ¡Nadie va a abusar así de nosotros!

¡Y él que había hecho tantos planes! Don Absalón seguramente le habría pagado dos pesos semanales.

— ¡Ay, mamá, yo quiero morirme, mamá! — gritó en el otro cuarto la hermanita.

— ¡La paga! — clamó la madre —. ¡Te juro que ésta nos la paga! ¡No en balde me advirtieron que no confiara!

“¡Ah, no!” se rebeló entonces Pichirilo. “A mí también me dijo Alejo que no confiara. Pero sabe Dios por qué no trajo Santa Clo la bicicleta. A lo mejor no fue culpa suya. ¿Si a la maestra se le olvidó mandarle la carta? ¿Si se le atascó el trineo en uno de esos baches? Quién sabe... quién sabe si a Santa Clo no le gustó aquello de agarrar por el rabo al barcino de doña Narcisca. Quién sabe. De cualquier manera, no hay que ponerse así. Eso de que nos la paga, no. ¡Ah, pero es que las mujeres...! Seguro que ellas también le pidieron algo y no les trajo nada”. Los gritos y el llanto seguían en la otra pieza. Pichirilo se fastidió.

“¡Bah!” se dijo. “Todavía faltan los Reyes. Ésos siempre llegan porque ya los camellos conocen el camino. Y no les importa lo del gato”.

“¡Bah”, y se echó a la callejuela. Buscaría al negrito Alejo, para ver si Santa Claus le había traído la escopeta.

(1953)

La carta

A Graciany Miranda Archilla

*San Juan, puerto Rico
8 de marzo de 1947*

Querida vieja:

Como yo le desia antes de venirme, aqui las cosas me van vién. Desde que llegé enseguida encontré trabajo. Me pagan 8 pesos la semana y con eso vivo como don Pepe el alministradol de la central allá.

La ropa agella que quedé de mandale, no la he podido compral pues quiero buscarla en una de las tiendas mejores. Digale a Petra que cuando valla por casa le boy a llevar un regalito al nene de ella.

Boy a ver si me saco un retrato un día de estos para mandárselo a uste.

El otro día vi a Felo el hijo de la comai María. El tambien esta travajando pero gana menos que yo.

Bueno recueldese de escribirme y contarme todo lo que pasa por allá.

Su ijo que la quiere y le pide la bendición

Juan

Después de firmar, dobló cuidadosamente el papel ajado y lleno de borrones y se lo guardó en el bolsillo posterior del pantalón. Caminó hasta la estación de correos más próxima, y al llegar se echó la gorra raída sobre la frente y se acuclilló en el umbral de una de las puertas. Dobló la mano izquierda, fingiéndose manco, y extendió la derecha abierta. Cuando reunió los cuatro centavos necesarios, compró el sobre y el sello y despachó la carta.

(1947)